

CAPITULO XXXIII.

LO QUE SERIAMOS SIN EL SACERDOTE CATÓLICO.

Antes de responder victoriosamente á la cuestion de lo que el mundo sería sin el Sacerdote católico, será necesario sondear primero la profundidad de las tinieblas, el exceso de la inmoralidad y los cálculos del egoismo; jamas se aprecia un bien en su justo valor, sino por la privacion que de él se resiente. El rico no conoce los horrores del hambre. Rodeados como estamos ahora por todas partes de las luces que el Sacerdote católico nos ha trasmitido, esto no nos deja valuar su mérito y ventajas que con él

hemos alcanzado. Véamos, pues, al terminar este libro, lo que probablemente seriamos si el Sacerdote católico no nos hubiera dado sus luces, su moral y su caridad.

¿Que es la China, aquel vasto imperio cuyos límites se extienden á los dos mundos? Durante mucho tiempo se creyó que era uno de los países más avanzados, que las ciencias se cultivaban allí con una grande perseverancia y un éxito que nos avergonzaria. Se nos mostraba este pueblo á la cabeza de la civilizacion. Tal era el lenguaje de la filosofía. Hoy que hemos penetrado en él y visto hasta el interior de este cadáver cubierto de brillantes gusanos, ¿que hemos encontrado allí? La ignorancia mas grosera. Los letrados, los mandarines apenas saben leer; notadlo bien, que si ella tiene algunas nociones de ciencia, se las debe al Sacerdote católico. Es á nuestros sabios y valerosos misioneros á quienes son deudores de sus recuerdos de gloria científica y literaria que han quedado en su memoria como un sueño, como el reflejo de una luz que ha pasado. Fuera de esto, ¿que abyeccion en los sentimientos! ¿qué olvido en los deberes más sagrados de la naturaleza cuando los niños se arrojan á los puercos por los mismos padres! Allí no hay caridad; esa primera

ley del Evangelio, esa ley del corazón es enteramente desconocida en este pueblo. No se conoce en él la piedad por los desgraciados, ni el consuelo para los sufren.

¿Qué seríamos nosotros sin el Sacerdote católico? Lo que es el imperio mahometano. ¡Qué estupidez en este pueblo antes tan grande, qué inmovilidad! Desde mil doscientos años que hace que la media luna ha reemplazado en él á la cruz, desde que el marabout arrojó al Sacerdote católico, no hay allí ningun progreso, ninguna civilizacion: este pueblo es hoy lo que fué entonces. Ni un paso ha dado desde que Mahoma estampó la planta de sus piés en la arena del desierto; allí está inmóvil entre la esclavitud que lo oprime y la esclavitud que lo corróe; sin aborrecimiento, sin amor, casi sin familia; está como el enfermo abandonado que vive nomás porque no puede morir. Insensible al grito de la gloria como à la vergüenza de su derrota, no conoce más que el camino del desierto, y el relincho de su corcel, instinto que poco la diferencia de su dromedario.

Ved lo que probablemente seríamos sin el Sacerdote católico. Seríamos hijos muy ingratos si nos quisiéramos ataviar con los despojos y heredad de nuestros padres, renegando de nuestro

origen, pretendiendo aparecer como autores de la gloria y de las riquezas que poseemos. Muy mal haríamos con querer desconocer tenazmente lo que el Sacerdote católico ha hecho para nosotros. Hoy mismo, sin remontarnos á lo pasado, ¿sobre qué descansan las esperanzas de nuestros moralistas? Sobre el Sacerdote católico. Ved por qué sin amarlo, lo consideran. Tienen razon, no pueden encontrar mejor concurso; porque mientras más conocido sea el Sacerdote católico, y mientras más se le respete, más esclarecidos serán los hombres, más sumisos, más felices. La fuerza material del soldado algunas veces es peligrosa aun à el mismo poder; la fuerza moral del Sacerdote no es así, porque él es el ministro de paz, el amigo del orden y de los gobiernos establecidos.

¿Quereis pues conocer la gloria y grandeza de una nacion? considerad al Sacerdote católico; si él es honrado, si se aprecia su ministro, si es grande su influencia, tendrá vida, y por consiguiente fuerza; pero si mostrais poco respeto por él, si en lugar de amarle, mejor le temeis; si se le soporta como una necesidad, por que se vé quo no puede pasarse sin él, creed entonces

que esta nacion no està lejos su caída. (1) No se necesita entónces para derrocarla y abatirla más que algunos brazos audaces. En cuanto á nosotros los católicos que debemos al Sacerdo-

[1] Symmáco nos dice en el pasaje que vamos á citar hasta qué punto la indiferencia por los sacerdotes puede ser funesta al Estado y á la Sociedad. Atribuye nuestros desastres á la falta de fé y de veneracion para con los servidores del altar.

Honoraverat lex parentum vestales virgines ac ministros deorum, victo modico justisque privilegiis. Stetit muneris hujus integritas usque ad degeneres trapezitas qui ad mercedem vilium bajulorum Sacrae castitati alimenta verterunt. Secuta est hoc factum fames publica, et spes provinciarum omnium messis aegra decepit. Non sunt haec vitia terrarum. Nihil imputamus astris. Nec rubigo sugetibus obfuit, nec avena fruges necavit. Sacrilégio annus exaruit. Necesse enim fuit omnibus perire, quod religionibus negabatur. Certe si est hujus mali aliquod exemplum, imputemus tantam famem vicibus annorum. Gravis hanc sterilitatem aura contraxit. Sylvestribus arbustis vita producitur, et rursos ab dodonas arbores plebis rusticae inopia convolvit. Quid tale provinciae pertulerunt, cum religionum ministros honor publicus pascere? Quando in usus hominum conussa quercus? Quando vulsae sunt herbarum radices? Quando alternos regionum defectus deseruit fecunditas mutua, cum populo et virginibus Sacris communis esset annona? Commendabat enim terrarum proventus victus astistitum et remedium magis quod largitas erat. An dubium est semper pro copia omnium datum quod nunc inopia omnium vindicavit?

te católico la belleza de nuestras instituciones y la gloria de nuestro nombre, nuestras ciencias y nuestra literatura, nuestras riquezas y nuestras libertades, nuestra agricultura y nuestro comercio, muy convencidos estamos que el papel que tenemos que representar en la política del mundo, en esa fusion de todos los miembros de la gran familia, depende del respeto y de la gloria con que rodeemos al Sacerdote católico y de la fé que tengamos en él.